

Editorial

Tradicionalmente la presencia de las *Tecnologías de la Información y Comunicación* (TIC) en el terreno educativo, se ha visto potenciada por prestarle mayor atención a dos aspectos fundamentales: el incremento de “hardware” y de “software” en el ámbito de la educación. Y, lógicamente, asociado a los mismos, que presentaran parámetros elevados en todo aquello que hace referencia a la facilidad de manejo, incorporación a diferentes ámbitos, amigabilidad, costos razonables y accesibilidad.

Pero como la experiencia y la investigación han demostrado, la incorporación solo de estos elementos no es suficiente. Si de verdad queremos que la utilización de las TIC en los procesos de enseñanza-aprendizaje se conviertan en motor de cambios e innovación educativa, y de verdad sirvan para crear una nueva “escenografía comunicativa” que facilite el acercamiento entre profesor y estudiante, y la interacción de los estudiantes entre ellos y con los diferentes objetos de aprendizaje, debemos también pensar en otros tipos de variables. Y es el momento de preguntarnos: ¿cuáles son?

Hace ya tiempo, en 1979, Dobrov establecía que la historia de la Tecnología Educativa se podría establecer en función del peso concedido a tres elementos: hardware, software y orgware. Siendo este último, “... el conjunto de medidas socioeconómicas, de organización y de gestión que está destinado a asegurar la identificación y la utilización eficaz y de conocimientos científico-técnicos dados, así como la capacidad potencial del sistema tecnológico de adaptarse, desarrollarse y autoperfeccionarse”. Dicho en otros términos, los principios organizativos que garantizarían la inserción correcta de los otros dos componentes.

Decía el citado autor que en los momentos iniciales todo el peso, y el esfuerzo, se centraba en el “hardware”, y apuntaba que en los desarrollos futuros, los tres componentes deberían tener el mismo peso específico para la inserción correcta de una TIC. Y en el momento actual, a pesar del tiempo transcurrido, seguimos olvidándonos del último.

Por el contrario, la significación de este elemento es clave, de forma que cuando se le ha preguntado a los profesores, respecto a los motivos que les llevabas a no incorporar las TIC, de forma general, y alguna de manera concreta, en su práctica docente, entre los motivos que aludían nos encontramos algunas como los siguientes: falta de apoyo institucional, el recaer el esfuerzo de incorporación e innovación exclusivamente en sus espaldas, limitadas ayudas para la producción de TIC para su práctica profesional, no contar con personal técnico de apoyo para la resolución de los problemas técnicos-instrumentales que aparecieran, facilidad de disponibilidad de los equipos,...

Y en contraposición a la hora de penetrar las TIC en las prácticas educativas, las instituciones de formación dejan para los últimos momentos las reflexiones sobre este componente, el *orgware*. Como he señalado alguna vez, en la actualidad nos encontramos con una paradoja en nuestro contexto educativo, *tenemos alumnos del siglo XXI, profesores del siglo XX, e instituciones educativas del siglo XIX*; y ello está repercutiendo para que todas las fuertes inversiones en TIC que se están realizando por las instituciones educativas de todos los niveles de formación, no estén dando los resultados esperados.

Creo que es el momento de empezar a ver la incorporación de las TIC a las prácticas educativas, no solo desde la posición instrumental, sino también desde la visión organizativa y de atención al profesorado.

Julio Cabero Almenara
Director de *Píxel-Bit, Revista de Medios y Educación*